

## Un justo

Fernando Butazzoni

*Tres años es poco tiempo. A veces. Para los muertos, se diría que es una parte insignificante de la eternidad en la que se encuentran. Para nosotros, los que permanecemos, tres años puede ser una buena medida para empezar a comprender la enormidad de la pérdida.*

Tengo para mí que la muerte ha revelado, más que nunca, la significación que Seregni tenía en ese intangible primordial que es el inconciente colectivo de una nación. Acaso la verdadera noción de patria, más allá de discursos floridos y huecos homenajes, consista en la visión de ese paisaje compuesto por gestos, memorias, tristezas y orgullos que no son de nadie y que, si alguna vez lo fueron, ya han pasado a integrar un patrimonio que nos pertenece a todos.

Eso ocurre con las cosas, los paisajes, la idiosincrasia de la gente. Y ocurre también con las personas. Con algunas personas. Seregni es una de esas figuras que, más allá de su ámbito específico, ya se ha erguido inmenso por encima de banderas y banderitas, reclamándonos una vez más dignidad y coherencia.

Decir lo que se piensa y hacer lo que se dice, repetía. Y vaya si fue coherente con semejante proyecto de vida. Desapegado de sí mismo, convencido del valor que tiene en nuestro país esa noción de patria, fue hasta su último aliento un defensor de la unidad en el diálogo y aún en la discrepancia. Unidad de su partido político, unidad del sistema político todo, unidad de la sociedad entera para afrontar los desafíos de un futuro que, él sabía, nos iba a colocar en situaciones de extrema complejidad.

Hasta su último aliento y más, porque después, ya muerto el general, su sepelio se convirtió, a través de ese dolor y ese pesar multiplicado y abierto, en un aporte invaluable al alma de los uruguayos. Creo que todos percibimos que aquel día estábamos reforzando nuestra coherencia como nación y que su fallecimiento era un aporte más que él hacía, que nos hacía a todos. Ahí empezaba un legado. No hubo banderas allí, no hubo sino una mezcla de tristeza y orgullo que nos invadió a todos. El pueblo lo había

parido, el pueblo lo había arropado en cariños y aplausos, lo había guardado en su memoria durante la prisión, y el pueblo lo acompañaba en el final. Estábamos tristes porque era el mejor de nosotros el que había muerto, pero también estábamos orgullosos de haber tenido a alguien como él entre nosotros.

Y ahora, tres años después de aquella jornada imborrable, es necesario preguntarnos qué hemos hecho con ese legado. Qué estamos haciendo. La fuerza política que él fundó y condujo en las épocas más difíciles, es hoy la que gobierna el país. Y gobierna a pesar de los pesares, de herencias que debemos dejar de calificar para administrarlas mejor y resolverlas entre todos. Esa fuerza política, convertida en gobierno, por momentos parece olvidar el inmenso potencial humano que sus entrañas atesoran. Miles y miles de hombres y mujeres que apuestan al cambio y que están dispuestos a apuntalar ese gobierno del cambio que Seregni soñó, predijo y contribuyó a formar. Aquel orador formidable, siempre atento al sentir de las bases frenteamplistas, no solamente se nutría en la comunión cotidiana con la gente, sino que también brindaba con coraje y perseverancia su mensaje de lucha, de tino, de esperanza. Es cierto que lo hizo desde la gran tribuna, oyendo el clamor de la multitud, pero también supo hacerlo en la trincheras del barrio, en un comité de base, en actos a los que apenas si asistía un puñado de militantes.

Su capacidad de movilización fue gigantesca. Su habilidad para bordar acuerdos y limar asperezas también. Nunca le oí un agravio para con nadie, ni siquiera para aquellos que lo habían encarcelado y torturado. Nunca quiso mencionar a esas personas. Y creo que él sabía que la única victoria verdadera consistía en eso: en la magnanimidad de una clemencia que no habían tenido para con él sus enemigos.

Hoy nos falta Seregni. Al Uruguay le hace falta Seregni, su talante y su desprendimiento, sí, pero también su energía para encarar los problemas y llamar a cada cosa por su nombre. Él tenía la autoridad moral para hacerlo, y la bondad para decirlo sin lastimar, pues jamás mencionaba un problema sin tener la voluntad para buscar una solución.

Me desdigo de lo que escribí al comienzo: tres años no es poco tiempo. Tres años es mucho, demasiado cuando el ausente es un justo.